

GÉNEROS Y SEXUALIDADES FRENTE AL NUEVO MILENIO: CAMBIOS Y RESISTENCIAS

Annalisa Mirizio
Centre Dona i Literatura/Universitat de Barcelona

En la noche entre el año 999 y 1000, la cristiandad entera esperaba, temblando, la segunda venida de Cristo en el día del juicio final. Sin embargo, con gran sorpresa y considerable alivio de todo el mundo, la mañana siguiente el papa Silvestre pudo celebrar su misa tranquilamente. Ni Cristo ni su notorio antagonista habían asomado la cabeza en el mísero mundo de los seres mortales. El tiempo no se había parado, el cielo no se había abierto y los muertos seguían en sus tumbas. El mundo, imperturbable, había decidido seguir su camino.

También en ocasión del paso a este segundo milenio (a pesar del extenso debate entre quienes le reconocían autenticidad y quienes le acusaban de ser el resultado de un cálculo engañoso) ha habido una cierta espera temblorosa. Nada que ver con dioses o demonios; esta vez, los miedos y las preocupaciones surgían más bien de la eventual relucencia de los millones de ordenadores que comparten nuestro frenesí diario a aceptar el cambio de cifra. Podían no sobrevivir, decían los expertos, al colapsante acontecimiento. El *millennium bug* (así lo bautizaron), como sus ilustres predecesores, produjo temores y suspense, al igual que ellos se hizo esperar y al final simplemente declinó la invitación. Así se apagó, sin ruido, la última esperanza de asistir a una auténtica tragedia de final de milenio. En los últimos años, los sueños de la adolescencia se habían disuelto ya irremediamente. Sabíamos que no íbamos a ver ninguno de los escenarios espectrales, universos lejanos, alienígenas monstruosos listos para conquistar el insignificante planeta que es la tierra por puro afán de poder y destrucción que la literatura y, en particular, el cine habían creado jugando con el miedo que el 2000 provocaba sólo con su sonido matemático. Sin embargo, quisimos aventurarnos nosotras también en el complejo laberinto de mapas y estadísticas que el acontecimiento provocaba. Y pensamos así en medir la fiebre de género de este final de milenio.

Desde que el movimiento feminista abrió aquella caja de Pandora que era el sistema sexo-género, la maquinaria teórica del androcentrismo ha reducido, por lo menos en parte, su velocidad. La autocomplacencia biológica en la que se sustentaba la dominación del sexo masculino sobre el femenino, de la heterosexualidad sobre otras opciones sexuales, de la raza blanca sobre otras razas se quebró entonces irremediamente. Las mujeres, y con ellas todos aquellos hombres cuya masculinidad se expresaba fuera de la competencia por el poder y la primacía, denunciaron su condición de prisioneras/os de las representaciones de género dominantes y empezaron a trabajar en la disidencia y la subversión. Y es la rebeldía hacia un lenguaje donde no hay lógica lo que mueve a Basilio Losada a avanzar su propuesta, con la cual nos ha parecido oportuno abrir esta recopilación. El término poetisa, vinculado con el masculino en una relación de derivación, ocupa en el espacio lingüístico un lugar estéril e indudablemente degradante, al

punto que “una mujer que escribe poemas, aceptaría mejor hoy ser poeta que poetisa”. De aquí la propuesta del autor de llamar “*poetos* a los varones que componen poesía y *poetas* a las mujeres que cultivan este vicio solitario”. Una propuesta que se inscribe en el marco de los numerosos trabajos llevados a cabo por las mujeres en los últimos años (y pienso en Luce Irigaray, Luisa Muraro, Patrizia Violi, etc.) que vuelven a pensar el lenguaje para que sea icono de las diferencias. El mismo intento de devolver valor a lo que hasta hoy ha sido degradado por ser más cercano al “segundo sexo”, empuja a Milagros Rivera a retomar la relación entre mujeres y autobiografía. Jugando con la doble lectura de la palabra género (por un lado género literario, por otro sexual), la autora define la autobiografía como “práctica de significación de la diferencia de ser mujer”, porque “al escribir autobiografía, al leer obras autobiográficas, se vibra”. Y esa vibración surge de la empatía que se produce entre quien escribe y quien lee.

Reivindicar la no indiferencia de las diferencias significa también rescatar de lo oculto y de lo maldito todas aquellas figuras que llevan la marca de Caín, como por ejemplo la escritora homosexual -de una poeta, Ana Romaní, y un poeta, Antón Lopo- que nos presenta Helena González Fernández. La autora, lejos de intentos “panfletarios” o “deconstructivistas”, repiensa así las identidades *torcidas*, *desviadas*, *invertidas*, *ocultas* y *ocultadas* ..., a partir de esta singular experiencia de experimentación poética en lengua gallega.

Y a otras entidades *ocultas* y *ocultadas* nos lleva el análisis de Giulia Colaizzi sobre la relación entre identidad y travestismo en el estilo camp y sobre la figura del drag. Dos términos que, como subraya la autora, están estrictamente ligados a la puesta en discusión tanto de la oposición masculino/femenino como del concepto mismo de género. Para reflejar la amplia controversia suscitada por el debate, la autora se centra en el análisis de películas de indudable éxito tales como *Priscilla, la reina del desierto* (Stephan Elliot) o *M Butterfly* (David Cronenberg). Sin embargo, el trabajo de Maria Giovanna Onorati sobre la película *Orlando* (Sally Potter) nos recuerda que ya Virginia Woolf dio vida a un personaje que vive fuera de los confines sexuales de género. En todos los casos mencionados el cuerpo y el vestido son, en relación de continuidad o por oposición, el elemento determinante: en el estilo camp, en el drag, y en Orlando. Y en los mecanismos de manipulación del vestido y del cuerpo para replantear las categorías de lo cómico y lo grotesco se centra el artículo de Patrizia Calefato, sobre la película de la italiana Roberta Torre “Tano da morire”, donde la representación surrealista y paradójica sirve para subvertir los patrones establecidos, ya sean el patriarcado o la espectral organización de la Mafia. Para concluir, Francesca de Ruggieri reflexiona sobre las hibridaciones carnales entre cine y nuevos medios, y reconstruye la conexión ya innegable entre cuerpo humano y cuerpo tecnológico, establecida por el *cyborgfeminismo* propuesto por Donna Haraway, como ontología de la multiplicidad.

Los trabajos aquí recogidos demuestran que el proceso de reescritura de las relaciones entre los sexos, así como de las relaciones entre sexos y géneros son la innegable conquista realizada por las mujeres a lo largo del pasado milenio. Si el papa Silvestre hubiese imaginado que “las puertas del demonio”, las hijas de Eva, iban a ser las protagonistas de la revolución más profunda de los años a venir, tal vez no habría celebrado su misa tan tranquilo aquella mañana del primer día del nuevo milenio.

Antes de dejar la palabra a nuestros/as colaboradores/as, quiero agradecer a *Lectora* haberme ofrecido la posibilidad de hacer esta nueva y maravillosa experiencia editorial. Agradezco a Marta Segarra y a Àngels Carabí su cuidadosa ayuda y sus atentos consejos y a Neus Carbonell y Meri Torras el entusiasmo con que me han acompañado en esta aventura.